

notas al margen



Luis Pasara
Abogado y periodista
Derecho

Alegato en nombre de una generación

Los jueces han escuchado un alegato formidable. El de Alberto Gálvez, quien no intentó una defensa sino, mucho más importante, ofreció una explicación.

No conozco a Alberto Gálvez Olaveche, ni siquiera sé por qué delitos fue específicamente procesado. Desconozco, pues, su grado y forma de responsabilidad en las acciones armadas realizadas por el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Pero mi interés en su caso personal no es jurídico. Se origina en la defensa que leyó ante el tribunal, pocos días antes de ser sentenciado. Porque se trata de un texto que da cuenta del pensamiento, las motivaciones y la frustración de una generación.

Entiendo que el personaje ha pasado los 50 años. Debió, pues, nacer a fines de los años cuarenta o, tal vez, al comenzar los cincuenta. Estudió en la universidad y sus lecturas —hechas entonces o durante los 18 años que lleva en prisión— han sido adecuadamente usadas en las dos carilas que escribió con cuidado para leer ante sus jueces. Pero en el texto hay mucho más que citas pertinentes. Hay, sobre todo, una reflexión muy madurada. Es ese tipo de reflexión que convierte lo vivido en experiencia, en lección aprendida, en sabiduría personal.

Por cierto, en el texto hay una reivindicación —amparada en Hamlet de Shakespeare— del haber tomado "las armas contra un mar de dificultades y al hacerles frente, acabar con ellas"; recurso que constata en Nicolás de Piérola y sus montoneros, en las insurrecciones apristas de 1932 y 1948, y en las guerrillas de los años sesenta. En esa lista de nuestra historia, sólo Piérola venció y la insurrección, ya lo sabemos, sólo deviene legítima cuando triunfa.

Los vencidos, en cambio, se quedan sólo con sus razones. La que ha escogido Gálvez la tomó prestada de Hubert Lansiers —ese sacerdote francés que tanto de bueno le ha dado al Perú—, quien llamó a la insurrección "imperfección de la caridad". No creo que sea aplicable a todos los insurrectos, especialmente cuando uno recuerda algunos actos de honor cometidos. Pero, si se mira a los motivos personales, probablemente un componente —al lado de otros, menos nobles— sea, en efecto, la caridad;

en palabras de Gálvez, "un compromiso e identificación plena con los sufrimientos y las esperanzas de los desposeídos y humildes".

Soy consciente de que ese testimonio puede sonar como un alegato inverosímil —o, lo que es peor, un maestro esfuerzo para ser excusado— a ojos que no siguieron el proceso de esa generación. Es decir, quienes no supieron del intento, genuino en muchos, de asumir "la política como un apostolado... de una entrega total al ideal de justicia y solidaridad".



Apenas unas décadas después, las motivaciones de la conducta personal se han vuelto absolutamente individualmente y pensar en los otros no está de moda; ni siquiera es imaginable.

Pero en la generación de Gálvez hubo gentes que tomaron la política como una responsabilidad con los demás. No puedo probarlo ahora. Sobre todo, en medio de una campaña electoral en la que tanto oportunista con un pasado de izquierda se ha encasillado en el campo que le quedó al alcance, con tal de lograr su objetivo de ahora y seguramente de siempre: llegar al poder.

Sin embargo, la política tuvo entre nosotros una etapa de fuerte contenido moral, por lo menos para algunos. Y, en ella, hubo quienes consideraron "un camino necesario: el de la lucha armada". ¿Eso los excusaba? Por supuesto que no y Gálvez lo sabe, por eso se acusa del error de haberse atribuido "una representación que nadie nos concedió y autoerguidáramos en voluntad justiciera de un pueblo que no había sido consultado".

No reniego de mi pasado ni de mis sueños. Formo parte de una generación que fundó sus rebeliones en su aspiración de justicia social y solidaridad. Quisimos cambiar el mundo y hacerlo ya. Estábamos llenos de impaciencia y urgencias imposte-

rables. Primero alzamos los puños, y después, en los puños, las armas. No tuvimos en cuenta la advertencia de Bertold Brecht en su poema a los hombres futuros: "también la ira contra la injusticia pone ronca la voz"; también el odio contra la baja figura la cura."

El error no es fácilmente disculpable. Como reconoce el texto, con la guerra a la que él, como dirigente político, contribuyó significativamente, "la magnitud de los agravios aumentó, las heridas se amplificaron, los rencores se ma-

ran" y "se desencadenan fuerzas y pasiones que se van tornando ingobernables y nos atraviesan a todos. Cuando los disparos cesan, quedan secadas y heridas abiertas las víctimas y sus familias, los vencedores y los vencidos, los miedos y las rabias". Gálvez lo sabe ahora.

Quienes echaron mano a la insurrección no son responsables sólo de determinados crímenes; también lanzaron irresponsablemente al país por una pendiente de muerte y degradación.

La lucha armada, iniciada por Sendero Luminoso y ampliada por el MRTA, precipitó en el país una espiral de violencia y facilitó la instauración de una dictadura que se justificó a sí misma —y que aún hoy muchos consideran justificada— por el combate a la subversión. Los demonios que salieron entonces, en un país de subterráneos infernales, todavía andan sueltos. Quienes echaron mano a la insurrección no son responsables sólo de determinados crímenes; también lanzaron irresponsablemente al

te y degradación.

No sólo ellos son culpables. El texto de Gálvez recurre nuevamente a Lansiers para recordarnos que si la "caridad imperfecta" es equivocada, la indiferencia es peor. De ésta son culpables muchos más que aquellos que murieron en el intento subversivo y muchísimos más que quienes se hallan en prisión. Acabada la guerra, los culpables por indiferencia reinvidian cada día en el Perú actual, cuando rechazan el reconocimiento de su responsabilidad en un estado de cosas que fue la atmósfera propicia para la subversión y, al haberse mantenido y agravado, es el ambiente propio de un país inviable.

De la derecha peruana se puede decir hoy lo mismo que Gálvez apunta en la izquierda: "Cuando la política se sobrecarga de ideología, los resultados suelen ser funestos". Las elecciones de este año probablemente volverán a demostrarlo a una derecha egoísta e inconsciente —desde hace algunos años, fanáticamente neoliberal—, que no ha sabido ver más allá de sus intereses y que no aprende de la historia.

Por eso mismo es que el reproche de Gálvez a la insurrección —citando a Machiavello— de "proceder en discordancia con los tiempos" también es imputable a los demás actores políticos peruanos. Unos perdieron y están muertos o presos. Los otros ganaron pero lo hicieron sólo mediante la fuerza de las armas; solamente para "restablecer el orden", como gusta decir el discurso reaccionario refiriéndose a su orden. En definitiva, los horrendos conflictos peruanos no fueron resueltos y la intentona subversiva fue, peor que infructuosa, profundamente dañina.

Gálvez reconoce el error histórico de la subversión y, en términos apretados, pasa revista en su alegato a los factores que la hacían inviable. El precio pagado por su error ha sido tan alto como inútil: torturas y maltratos, la separación de los suyos, y "el constatar que a ese pueblo, al que idealistamente ofrecí mi vida, le es indiferente mi destino".

Concluye el autor: "Nos equivocamos: si bien los fines fueron justos y nobles, erramos en la elección de los medios y extraviáramos los caminos. Reitero mi pedido de perdón a quienes pudieran haberse visto afectados por mis actos, así como mi disposición a perdonar a quienes alguna vez me torturaron y maltrataron".

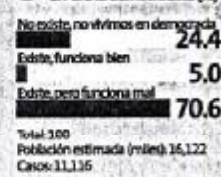
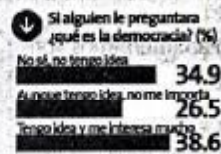
¿Se puede pedir más? Humanamente, no. Pero los jueces han creído oportuno imponer 23 años de prisión al autor de este alegato.



encuesta

Series de alerta

Alarmante: un considerable número de peruanos no tiene la percepción como su prioridad.



NOTA TÉCNICA: La encuesta del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) se realizó entre noviembre y diciembre de 2005. Fuente: entrevistas a nivel personal, mayores de 18 años en suyo hogares del país. Del total, 1,731 entrevistas se realizaron en poblados con menos de 1 mil habitantes. Se contó con el apoyo del área técnica y moral de los gobiernos de las provincias de todos los departamentos del país.